



LA TRANFIGURACIÓN EUCARÍSTICA

*Et transfiguratus est
ante eos.*

«Jesús se transfiguró ante
ellos.»

(MATTH., XVII, 2.)

HERMOSA es ciertamente la fiesta de la Transfiguración del Señor sobre el Tabor! digamos algunas palabras sobre las relaciones que la unen con la transubstanciación eucarística. Todos los misterios tienen alguna relación con la Eucaristía; y es que la Eucaristía los completa todos. Todos tendían á la Eucaristía, y toca á la gracia descubrir lo que hay de eucarístico en los misterios para alimentar con ello la devoción al Santísimo Sacramento.

Pues bien, Nuestro Señor elige á tres de sus discípulos y se traslada á una alta montaña para manifestarles su gloria, que ocultaba en la humillación de su carne. Iba á prepararlos contra el escándalo de su Pasión, á mostrarles quién era real y verdaderamente.

Ved cómo la Eucaristía se instituye también sobre una montaña, la de Sión, muy de otro modo célebre que la del Tabor. Jesús tenía cierta predilección por

los montes; en ellos realizó varios de los actos más importantes de su vida. Las hondonadas no le satisfacen; de allí surgen los miasmas y las enfermedades. La tierra es para los que se arrastran; así que, á las almas que quiere amar con especial amor las atrae hacia sí elevándolas sobre alguna prominencia. La segunda transformación es más amable que la primera, y mucho más adorable. Se verifica en presencia de los Apóstoles. La primera ocurrió al aire libre, pues la gloria necesita extenderse; la segunda, que es toda amor, la hace en secreto; la concentra, para hacerla más poderosa. Cuando se quiere demostrar el afecto á un amigo, se le estrecha entre los brazos. La caridad del cielo se extiende cuanto puede para hacer bien al mayor número posible de almas. El amor del corazón se concentra; se le aprisiona para hacerlo más fuerte. Se reúnen sus rayos como en una lente, tal como hace el óptico disponiendo su cristal de modo que reúna en un solo punto todos los rayos y todo el calor de la luz. Nuestro Señor, pues, se comprime, por decirlo así, en el pequeñísimo espacio de la Hostia para que resulte de este modo un foco más ardiente de amor; y así como se produce un grande incendio aplicando una lente sobre materias inflamables, así también la Eucaristía hace surgir llamas en los que de ella participan, abrasándolos con un fuego divino.

En el Tabor, Jesús se transfigura mientras que ora. Sus vestiduras aparecen blancas como la nieve, su rostro resplandece como el sol; no se podía resistir tanto esplendor. Jesús ostenta su gloria, para dar á entender que su cuerpo, á pesar de aparecer tan débil, es el cuerpo de un Dios; esta transfiguración, por consiguiente, se verifica de dentro hacia

fuera: Jesucristo deja salir al exterior un rayo de la gloria que ocultaba por un milagro perpetuo.

Pero Jesús no vino para darnos lecciones de gloria. Por esto la visión del Tabor pasa presto; apenas dura un instante.

La transfiguración sacramental se hace de fuera hacia dentro, y mientras que en el Tabor rasgó Jesús el velo que cubría su divinidad, aquí comprime y oculta aún su propia Humanidad, la transfigura en una apariencia de pan, hasta el punto que ni parece Dios ni hombre, y no practica acto alguno exterior. Jesucristo se sepulta, y las especies vienen á ser el sepulcro de sus potencias y de todo su ser. Con la humildad vela su Humanidad, tan buena y tan bella; parece que se constituye en sujeto de los accidentes: hasta tal punto está unido á ellos; el pan y el vino hanse convertido en el Cuerpo y la Sangre del Hijo de Dios. ¿Le veis en esa transfiguración de amor y humildad? Aunque oculto tras de una nube, sabemos que el sol existe: Jesús es siempre Dios y hombre perfecto, pero velado tras la nube del pan y del vino. Así como en el primer milagro todo fué glorioso, aquí todo es amable. No se le ve, no se le toca, pero allí está con todos sus dones. El amor, la gracia y la fe penetran los velos y saben reconocer sus rasgos, sus lineamientos divinos. El alma ve por la fe: la creencia es una verdadera vista.

Quisieran algunos ver á Jesús en el Sacramento con los ojos del cuerpo; pero si los Apóstoles no pudieron resistir el esplendor de un solo rayo de su gloria, ¿qué había de ocurrir hoy? El amor sólo sabe transfigurarse en bondad, humillándose, achicándose, anonadándose. ¿Dónde hay más amor, en el Calvario ó en el Tabor? Comparad, y decidme luego si

es el Tabor ó el Calvario el que ha convertido al mundo. El amor rehusa la gloria, la oculta y des-
ciende. Así se condujo el Verbo al encarnarse, así
también en el Calvario, así y más profundamente en
la Eucaristía. En vez de lamentarnos, debiéramos dar
gracias al Señor porque no renueva ya su Tabor.
Los Apóstoles, temblorosos, se echaron en tierra, y
todas las palabras que salían de la boca de Dios
eran capaces de aniquilarlos. ¡Los Apóstoles apenas
se atreven á hablar á Nuestro Señor! ¡Aquí, en cam-
bio, se le habla, no se le teme, porque podemos
aplicar nuestro corazón sobre el suyo y sentir su
amor!

Además, la gloria por lo menos nos perturbaría el
juicio. ¡Ved cómo divaga San Pedro! Había perdido
ya el buen sentido. ¡Habla de reposo, de felicidad,
en tanto que Jesucristo habla de sus sufrimientos y
de su muerte! ¡San Pedro no pensaba ya en sus de-
beres!

Si nuestro Señor os manifestase su gloria no que-
rriais ya separaros de Él. ¡Estaríamos tan bien allí!
Hubo necesidad de que el Padre celestial diese una
lección á San Pedro, y que le recordase que Jesu-
cristo era su Hijo, á quien debía seguir por todas
partes hasta la muerte. Tened presente que cuando
se educa al hombre con mucho mimo y regalo, esta
educación no suele ser buena ni sólida, y que el niño
á quien se prodigan excesivos halagos y caricias no
suele tener un gran corazón. Por esto la transfigu-
ración eucarística no se verifica entre el regocijo y
la gloria, sino en el secreto y la humillación: la
gloria es su consecuencia futura.

En la transfiguración eucarística no se ve á Moi-
sés ni á Elías, que nada tienen que hacer allí. La

Eucaristía no es para ellos; mas los doce Apóstoles,
que serán los legisladores y profetas del nuevo pue-
blo de Dios, toman parte en ella. Allí está la San-
tísima Trinidad, aunque su operación es invisible.
Legiones de ángeles adoran á ese Verbo de Dios
reducido á un estado tan próximo á la nada. Allí
estamos nosotros, todos nosotros. Jesús ha consa-
grado nuestras Hostias en su voluntad y en su pre-
sencia. El las ha contado, y por orden suya nosotros
os las damos.

Observad ahora cómo la oración de un corazón
sencillo y recto es siempre escuchada, aunque no
siempre sea del modo que nosotros nos habíamos
imaginado. Pedro había pedido quedarse en la mon-
taña. Jesús se lo negó..., no, no hizo más que re-
tardar la gracia que imploraba. En la Eucaristía
Jesús ha instalado su tienda entre nosotros y para
siempre, siéndonos permitido habitar con Él en el
Tabor eucarístico. ¡Ah! no es ésta una tienda que
se levanta y transporta continuamente de un lugar
á otro; es una casa que Él construyó y nosotros ha-
bitamos día y noche. Nosotros hemos conseguido
más de lo que pedía San Pedro. En cuanto á vos-
otros, hermanos míos, no le veis sino de paso, pero
todos los días. Además, vosotros habéis fijado vues-
tra vivienda cerca de la iglesia del Santísimo Sa-
cramento, y sentís la dulce influencia de su ve-
cindad.

Domine bonum est nos hic esse! ¡Señor, bueno es,
grato nos es hallarnos aquí! Vosotros sabéis bien
que, cuando sentís alguna pena, cuando os atormenta
algún dolor, venís aquí, y Jesucristo Sacramen-
tado es siempre el buen Samaritano. El desahoga su
Corazón sobre el vuestro; El os espera; El os trata,

no como gente extraña, sino como amigos, como hijos de la familia.

No ha dicho el Padre celestial «¿he aquí mi Hijo amado?» El nos le ha dado por un amor incomprendible. Nos le ha dado en Belén, en el Calvario, y sobre todo y para siempre, en el Cenáculo. Jesús se entregaba al mismo tiempo. El Padre le engendra cada día y le da á cada uno de nosotros. ¡Oh! escuchémosle.

Amemos, pues, miremos con singular afecto esta fiesta de la Transfiguración. Es una festividad enteramente eucarística. Venid á esta montaña bendita en que se transfigura Jesucristo: no busquéis allí la felicidad sensible ni la gloria, sino las lecciones de santidad que os proporciona con su anonadamiento. Venid, pues, y por vuestro amor y por vuestra abnegación transfiguraos en Jesucristo Sacramentado, esperando el día en que os transfiguréis en Jesucristo glorioso en el cielo.



SAN JUAN BAUTISTA

*Illud oportet crescere,
me autem minui.*

«Conviene que Jesús crezca
y que yo mengue.»

(JOANN, III, 30.)

DEBEMOS honrar á San Juan como modelo perfecto de adoradores. Estas hermosas palabras son la divisa del sacrificio y del servicio eucarístico: que el Santísimo Sacramento crezca, sea conocido y amado, y que nosotros nos anonademos á sus pies! Ahora bien, ved cómo San Juan, en las principales acciones de su vida, ha sido el modelo de los adoradores: su vida parece haber sido una adoración continua, y en ella se encuentran los caracteres de la adoración por los cuatro fines del sacrificio, la mejor de todas las maneras de adorar.

I

La Adoración.—La adoración se hace arrodillado en el suelo, con la cabeza inclinada: es éste un primer movimiento que nos hace reconocer, á través

del velo eucarístico, la majestad infinita de Dios que allí se oculta. A este primer movimiento sucede la exaltación de su grandeza y de su amor.

Pues bien; la primera gracia de San Juan es una gracia de adoración. El Verbo se halla en el seno de María: inspira á su Madre el ir á visitar á Santa Isabel: María lleva ante Juan á su Señor y su Rey. Juan no puede ir; su madre es muy anciana para emprender este viaje; Jesucristo se traslada allí. Lo mismo hace con nosotros; no pudiendo nosotros ir á Dios, Dios viene á nosotros.

María desata el poder de su divino Hijo al saludar á Isabel: aun hoy Jesús está como atado y nada quiere hacer sin María. La voz de María fué la del Verbo encarnado: Juan se agita en el seno materno al oír esta voz, y revela á su madre el misterio de la presencia de Dios en María; Juan es quien le hace comprender este misterio, según lo confiesa Isabel á María: *Exultavit infans in utero meo*. Así que, desde entonces, Juan es el Precursor: ve á su Dios y le adora con sus movimientos; le adora, y la alegría de estar en su presencia se comunica á su madre.

¡Cuán bueno fué Nuestro Señor para con San Juan! Quiso bendecirle, darse á conocer de él desde el seno de su madre. ¡Cuán grata debió serle esta adoración de su Precursor! ¡Era tan espontánea!

Jesús permaneció con él tres meses. Uno y otro estaban encerrados en el Tabernáculo materno. Juan adoraba constantemente á su Dios; sentiale tras el velo que lo separaba de él. Unió á esta buena adoración de San Juan, tan viva, tan sentida, no obstante los velos, las barreras que le separan de Nuestro Señor: *Senserat Regem thalamo manentem*.

II

La acción de gracias.—La acción de gracias descansa en la bondad, en el amor de Jesucristo; no ve más que los dones, los beneficios; se humilla para exaltar al bienhechor; se regocija por los favores que á él mismo se refieren, así como también por los beneficios y gracias concedidos á los demás, á la Iglesia entera. Este sentimiento dilata el corazón.

Ahora bien; en el Jordán manifiesta el Bautista este doble sentimiento de alegría y gratitud. Considerad desde luego la gracia que le concede Nuestro Señor, porque la acción de gracias parte siempre de un beneficio recibido y reposa sobre la humildad. Pues bien, Juan va á bautizar á Nuestro Señor. El no le había visto jamás. El Padre celestial le había dado un signo por el cual lo reconocería. Jesús se presenta entre la multitud de los pecadores que esperaban el bautismo de Juan, y oían sus enérgicas exhortaciones á la penitencia; Jesús guarda turno en la fila de los publicanos y de los soldados. ¡Él que era Rey, El que era Hijo de Dios! Nada de privilegios, nada de excepciones. Entended esto, ¡oh adoradores, y no tengáis otro protector que Jesucristo! San Juan se arroja á los pies de Jesucristo. Pero, ¿cómo! ¿Vos venis á mí? ¡Yo debo ser bautizado por Vos! *Ego debeo a te baptizari, et tu venis ad me?* ¡He aquí la humildad, la verdad! Los santos no se creen jamás perfectos. Y Juan, en estas palabras, no habla de su ministerio: *Venis ad me, vienes á mí*, y no dice: *Vienes á mi bautismo*. ¡Qué delicadeza! Hablar de su ministerio le hubiese podido dar cierta importancia; pero ante Dios huelga esto.

Y le dice Jesucristo: Cumple el mandato de mi Padre. Como hombre verdaderamente humilde, San Juan obedece y le bautiza. Una humildad falsa hubiese alegado cincuenta razones para excusarse, pero San Juan obedece. Y cuando Nuestro Señor se retira, aquél no le sigue, sino que permanece en su puesto de obediencia. ¡Qué humildad!

Ved ahora cómo el Bautista transfiere al Señor toda la gloria y el honor de la sublime función que acababa de ejercer. Sus discípulos, que quieren honrarse con la gloria de su maestro, le manifiestan que todo el mundo sigue á Jesucristo. ¡Oh! ¡cuánto me agrada esto! El amigo del esposo se coloca á su lado, de pie en su presencia, pero la esposa es para su esposo; las almas no son sino para Jesucristo. El amigo no está sino para servir al esposo. San Juan se goza en que el divino Esposo encuentre tantas esposas: Mi alegría llega al colmo viéndole crecer. ¡Necesario es que Él aumente y yo disminuya, que Él crezca y yo mengüe!

¡Nada para él, todo para Jesús! He aquí lo que nosotros debemos procurar: que crezca, que tome incremento el reino de Jesucristo. ¡Qué pena no poderle levantar un trono en todos los corazones! Por esto nos postramos en su acatamiento, nos achicamos y elevamos á Jesucristo sobre su trono. *Oportet illum crescere.* ¡Esto va para largo en la práctica: es cuestión de tiempo! Hoy no somos nada, pero tal vez con el tiempo cuente entre sus adoradores á hombres distinguidos. Oh, entonces convendrá decirles: ¡Cuidado, no vayáis de puntillas para creceiros por vuestros talentos: inclinaos, humillaos, para que sólo el Señor se haga visible! ¡Es tan hermosa nuestra vocación, es tan elevado su objeto! Se nos

creerá adornados de todas las virtudes, porque deberíamos tenerlas para ser dignos de nuestra vocación. ¡Desgraciado de aquel que quiera tenerse en pie, que conserve su arrogancia en presencia del Señor! ¡No, rodilla en tierra! *Oportet illum crescere, me autem minui.*

¡Oh, bella es la acción de gracias de aquella alma que acepta los beneficios de Dios, pero que reconoce que nada vale y nada merece, atribuyendo á Dios toda la gloria!

III

La Propiciación ó Reparación.—La propiciación consiste en indemnizar á Nuestro Señor, en consolarle: he aquí un vasto campo para nuestra misión de adoradores; debemos ser reparadores, mediadores, penitentes por los pecados de los hombres. ¡El mundo es tan malo que hay más motivo para reparar que para dar gracias!

Pues bien; Juan es reparador cuando dice: *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi!* ¡He aquí el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo! El predica y señala á la víctima reparadora. Luego después llora y gime al ver la indiferencia de los hombres hacia el Salvador. Oid sus lamentos: *Medius vestrum stetit quem vos nescitis.* Hay en medio de vosotros uno á quien no queréis reconocer. Quéjase de que los grandes y los sabios rehúsen seguir á Jesucristo, que va rodeado sólo de algunos desvalidos. Le ofrece pública satisfacción, y le adora como víctima. El le ensalza por aquellos que le

deprimen: ¡Yo—dice—soy indigno aun de desatar la correa de su zapato! ¡Cómo le resarce de tantos menosprecios!

IV

La Súplica ó Petición. Juan había sido encarcelado por el valor que demostró reprendiendo á un Rey culpable. Nadie se atreve á decir las verdades á los Reyes: ¡se tiene miedo! ¡Triste condición la de vivir al lado de los Reyes! Sus discípulos iban á verle, y no creían todavía en Jesucristo. Juan hace lo posible para lograr su conversión. He aquí el verdadero apostolado: conducir las almas á Jesús asiéndolas á Él sin que puedan separarse y volver al mal camino. Juan ruega, pues, á Jesucristo Nuestro Señor, que reciba á sus discípulos. El se los envía, para que se conviertan á la vista de la bondad y del poder de Jesús. Obra el Señor á su vista los mayores prodigios, ¡pero ellos no le adoran! ¡Oh, y cuán necio es el corazón humano maleado por algún prejuicio! La envidia les dice que si Jesús se crece, si su doctrina é influencia toman incremento, Juan ya nada significará en el mundo. ¡Ellos no quieren desaparecer con él; tienen el orgullo de raza, de colectividad; viven de la gloria que rodea á su maestro!

Mas esta visita al Salvador infiltró en sus corazones la gracia de la fe, y muerto San Juan, se unieron á Jesucristo; su conversión fué debida á las oraciones de San Juan.

¡He aquí, pues, un buen adorador! Amad mucho á San Juan, que fué tan amado de Nuestro Señor Jesucristo. Jesús lloró su muerte: era su primo, su ami-

go, su primer Apóstol. Adorad, reparad como él, sabed sacrificaros como él por la gloria de Jesucristo. Juan murió mártir á causa de los crímenes de un Rey, que son los que excitan más terriblemente la cólera de Dios; acordaos siempre de estas palabras, que constituyen la divisa de la santidad y del servicio eucarístico: *Illum oportet crescere, nos autem minui!* ¡Qué Jesús sacramentado sea ensalzado y yo humillado!

